

muy raros los que vemos que atentos à las inspiraciones de Dios, à sus llamamientos, y avisos, viven con esas delicadas atenciones. ¡Oh mil veces dichosos! yo os concedo que son pocos, pero por eso son tan pocos los que se salvan.

*Charissimi mei*, nos voca S. Pablo, *cum metu, & tremore vestram salutem operamini: ad Phil. 2. v. 13.* Amadísimos míos, obrad vuestra salud con temor, y temblor; dá la razón el Apóstol: *Deus est enim que operatum in vobis velle, & perficere.* Porque es Dios el que en vosotros obra así los primeros principios del querer, como los dichosos fines de el acabar. ¿Y por esto havemos de andar siempre con miedo? temblando siempre? Antes parece que era esto el motivo mas fuerte para una confianza tan del todo segura, que jamás se nos afomara el miedo; porque si es Dios quien lo ha de hacer, ¿qué mayor seguridad? ¡Ah, oyentes míos! Reparad en lo que el Apóstol dice. Dice que lo ha de hacer Dios; pero que lo ha de hacer en nosotros, que nuestra voluntad ha de corresponder, cooperando con su inspiracion. Pues qué miedo tan justo, que si nuestra voluntad no corresponde, nada importará que Dios de su parte haga: si nuestra voluntad se está terca, nada hará en ella Dios. Pero aun mas espantoso motivo hay para temer, y temblar, explica nuestro insigne Cornelio, que si en el principio, que es el querer, el *velle*, no le correspondemos à Dios, ni su Magestad nos querrá corresponder para el acabar que es el *perficere*; que si à la primera inspiracion nos resistimos à su llamamiento, se dará su Magestad por debilitado para acudirnos en lo demás con sus auxilios: *Si enim cooperari negligatis, Deus quoque vos negliget, & gratiam suam subducat, nec ulterius in vobis operabitur secundum; tertium, aut quantum bonum velle, & perficere.*

Alto, pues, almas, si deseais vuestra salvacion, si en materia tan espantosa, como cierta, quereis que yo os dexé algun consuelo, este solo hay: temer à Dios en todo, acudir à Dios en todo, atender en todo à Dios, siempre con temor, siempre con susto: *Beatus homo qui semper est parvidus. (Prov. 28. v. 14.)* Dichoso aquel que siempre, siempre teme. ¡Oh, Soberano Dios de las piedades! temblando todo mi corazon, estremecido todo mi espíritu, se sujeta rendido, se postra humilde à tus inescrutables juicios. No tengo mas consuelo, que temer esa tu Magestad Suprema; pero la temo con amor de hijo, confiado, que como generoso Leon, perdonarás à quien debaxo de tu poder soberano, temblando se humilla; darás benigno tus auxilios, à quien reconocido de su nada adora tu grandeza infinita. En tus manos, mi Dios, me arrojé todo: ¿qué mas seguridad que tu misericordia, para que yo no malogre nunca las inspiraciones, y los auxilios de tu gracia?



### DE LA MALICIA, Y GRAVEDAD del pecado mortal, por ser muerte de el Alma.

Punto señalado en la Semana de la Mision.

Viernes V. de Quaresma, año 1691.

*Domine veni, & vide, & lacrymatus est Jesus. Joann. cap. 11.*

SI solo en una pérdida tal, que no se le halla otro remedio, se admite por el último alivio el llanto, la muerte de un hombre no es pérdida, que merece las lágrimas de un Dios. Al sepulcro de un Lázaro difunto llora hoy Christo. Y si estas lágrimas no las mueve aquella muerte, pues que haviendola visto antes le causó gozo: *Lazarus mortuus est, & gaudeo*; si no las excita su pérdida, pues que tiene tan en su mano restaurarlo à la vida, si no las ocasiona su lástima, pues que aun mas fácil que de sus ojos las lágrimas puede correr de solo su querer el remedio ¿qué es lo que en Lázaro difunto, tan tiernamente nuestro Dios llora? *Et lacrymatus est Jesus.* Tres veces son con esta las que vió el mundo llorar à Dios: aquí llora sobre un hombre solo difunto: otra vez llora sobre toda una Ciudad entera: *Videns Civitatem, flevit super illam.* Y la tercera llora desde la Cruz por todo el mundo: *Cum clamore válido, & lacrymis.* Así van subiendo el motivo triste à sus lágrimas, la causa lastimosa à su llanto: de un hombre à una Ciudad, de una Ciudad à todo un mundo: igual debe ser la causa, que en un hombre solo le motiva sus lágrimas à Dios, que la que en todo un mundo le ocasiona su llanto. Sí, dice San Cyrilo, llora Christo en un hombre solo juntas, y amontonadas todas las desdichas, y un mundo: llora en un mundo todas las desdichas de un hombre; y llora en un hombre solo todo un mundo de desdichas. Porque llora el pecado, que si bastó à dexar todo un mundo muerto, ¿qué podrá hacer su veneno en un hombre solo? Llorra Christo, dice San Ambrosio, una alma, que muerta en el pecado, vé que no le ha de costar solo la sangre de sus venas; y por eso, viendo su dureza, vierte de sus ojos las lágrimas. Llorra Christo, dice Andrés Cretense, no tanto à Lázaro en el sepulcro difunto, quanto à los circunstantes Judíos, que, al parecer vivos, tienen sus almas en el pecado muertas. Y si vé el Señor, que en éstas, por su pertinacia, han de quedar frustrados sus méritos, sin fruto el inmenso valor de su muerte, y sin conseguir su remedio el infinito precio de su sangre, ¿qué le queda à Dios sino llorar,

rar, llorar? Lloren las lágrimas de mis ojos, lo que por la dureza de los hombres no se ha de restaurar ni con la sangre de mis venas.

Así, pues, alma, que por el pecado mortal, sirviendote ese cuerpo de sepultura, estás muerta: *Anima, que peccaverit, ipsa morietur*: à tí te hace el mismo Dios las exequias: por tí es el llanto, por tí los gemidos, por tí las lágrimas, porque despreciando con tu pecado su sangre, si no la admite tu dureza, tienes en el pecado la mas horrible, la mas espantosa, y la mas formidable muerte. Esto, pues, solo de la inmensa malicia, de la gravedad imponderable, de la fealdad suma del pecado mortal, quiero ponderar este rato. No diré, que compitiendo con el mismo Dios su malicia, se dilatan inmensos sus malignos fenos, al paso que Dios, à quien se opone, se estienden sin termino las perfecciones infinitas. No diré, que amontonadas quantas desventuras ha tenido el mundo en dolores, enfermedades, deshonras, hambres, y miserias, todas juntas no son mas que un pequeño rasguño del formidable Leon del pecado. No diré, que si desde la tierra hasta el Cielo Empireo se fueran amontonando las calaberas, y huesos de quantos hombres han muerto, y morirán en el Universo, todas juntas no son mas que un corto redito del principal de su veneno: *Scipiendum peccati mors.* No diré, que todo un infierno de llamas, de horrores, de tormentos sin fin, y sin termino, todo junto no es mas que una sombra de la espada sangrienta de un pecado. No diré, que sube su malicia hasta el mismo Trono de Dios, que baxa su peso hasta mas allá del infierno; y que se dilata su gravedad por mas que todos los espacios del mundo, y de los Cielos. ¡Oh, qué tres medidas tan sin medida de su malicia! Mas solo digo, que el pecado es la muerte del alma; que por ésta el mismo Dios vierte sus lágrimas; ¡Oh, y recabe siquiera el merecido horror, el imponderable medio, el justo sentimiento que merece en nuestros corazones! Hoy lo hagas tú, criatura la mas bella, que sola exempta de todo el linage de Adán, de este universal veneno te reservó toda la mano de Dios, para que tú contra él nos repartas la gracia. *AVE MARIA.*



*Domine veni, & vide, & lacrymatus est Jesus. Joan. ubi supra.*

VER, y llorar, lo uno se sigue de lo otro; mas como no vén nuestros ojos qual es de el pecado la inmensa malicia, por eso nos brotan perennes de nuestros ojos las lágrimas. Abrióse los à Adán la culpa; mas aun con todo eso no havia conocido qual era su malicia, dice Nicolao de Lyra, hasta que vió delante de sí à su querido Abél ya difunto. Entonces la novedad triste, el horror, el sentimiento, el pasmo, al vér aquel primer semblante de la muerte que no havia visto,

el rostro pálido, los ojos sin luz, cárdenos los labios, sin movimientos los miembros, el cuerpo todo helado, horrible, y yerto. ¿Esto es (dixo levantando el gemido) esto es lo que hizo mi pecado? ¡Oh, maldito pecado! Y entonces, soltando la corriente à las lágrimas, no cesó de llorar en cien años continuos. ¿Qué fuera, si como vió la muerte del cuerpo en Abél, huviera visto en Caín la muerte del alma? Esta quisiera yo representaros hoy, para que acompañarais en las lágrimas, no yá à Adán, sino à Christo. Mas yá que no la vén nuestros ojos, por lo que sucede en la muerte del cuerpo, la ha de ponderar nuestra Fé.

Lo que es el alma para el cuerpo, eso es Dios para el alma. Muere el cuerpo al punto que le falta el alma, y muere el alma al punto que le falta Dios: *Anima amissa mors corporis, Deus amissus mors anima*, dixo el grande Agustino. ¿Ahora, pues, qué sucede en la muerte del cuerpo? Tres lastimosas pérdidas. Porque, lo primero, pierde el hombre al punto que espira, riquezas, bienes, puestos, y todo quanto tenia en el mundo: el que era Rey, pierde al punto que espira el Reyno, y la Corona: el que era Pontífice, pierde al punto que espira toda la autoridad con la Tyara: el que era poderoso, y rico, yá de todas sus riquezas no tiene nada. Lo segundo, se pierden con la muerte todos los ejercicios, y funciones de la vida, ni vé el cadaver, ni oye, ni se mueve, ni alienta, ni respira. Lo tercero, pierde todo su sér, reduciendose al punto el cuerpo de una en otra mudanza à gusanos, podredumbre, à tierra, à nada. Así lo vén nuestros ojos.

Pues atiendolo así nuestra Fé en la muerte de el alma por el pecado mortal, en que discurriré esas mismas tres pérdidas, como tres puntos de una meditacion provechosa. Lo primero, pierde el alma sus meritos adquiridos. Lo segundo, pierde la vida de la gracia. Lo tercero, pierde à Dios, y con Dios pierde todo su sér. ¡Oh, qué tres pérdidas! que aunque se juntáran en una todas las lenguas de los Angeles, jamás acabarían de explicarlas. Pero empecemos, oyendo al mismo Dios al capitulo diez y ocho de Ezequiel: *Si averterit se justus à justitia sua, & fecerit iniquitatem, omnes justitia ejus, quas fecerat, non recordabuntur.* Si el Justo, dice Dios, si el mas Santo, si el mas lleno de meritos, y de virtudes hiciere un pecado solo, aunque sea en medio de las tinieblas de la noche, en lo mas retirado de un desierto, en lo mas hondo de una cueba, al punto todos quantos meritos huviere juntado, quantas penitencias, quantas buenas obras, todas, todas *non recordabuntur*, quedarán en eterno olvidado, no servirán de nada, serán perdidas, sean las que fueren. Señor, sean las que fueren? Y por un solo pecado mortal? Por uno solo. ¡Oh! ponderad esto, Cathólicos.

Y para que forméis algun concepto, poned que huviera un hombre de ochenta años, que desde niño, todo entregado à virtud, huviera ad-

quirido él solo quantos meritos tienen todos los Santos, y Angeles de la Gloria, si esto fuera posible; que hubiera ganado tantas almas él solo, como todos los doce Apóstoles; y además, las que después ganó un Francisco Xavier. Poned, que él solo hubiera hecho mas penitencias que todos los Anacoretas de los desertos; mas que los Pablos, los Estilitas, y los Antonios. Poned, que hubiera dado él solo mas limosnas que los Elemosynarios, los Villanuevas, y los Eligios. Poned, que él solo venciera en castidad, pureza, y contemplacion à las Teresas, à las Cathalinas, y à las Rosas. Poned por ultimo, que en sus ultimos años padeciera él solo todos juntos quantos tormentos, garruchas, catatas, fartenes, parrillas, han padecido once millones de Santos Mártires. Oh, Dios, ¿quál sería este monton de meritos juntos en un hombre solo? Pues aún es poco. Añadid ahora otra partida, que ella sola vale mas que todas estas juntas. Poned sobre todos esos meritos, que hubiera adquirido todos los que tuvo la Santísima Virgen en el punto antes de espirar. Aquí pierde pie aun el entendimiento de un Serafin. Pues poned ahora, que ese hombre con ese monton inmenso de meritos cometiera un solo pecado mortal, uno solo, y al punto muriera sin arreperirse, ¿qué sería de este hombre? ¿qué sería? Ya nos lo dixo el mismo Dios: *Omnes iustitiae ejus, quas fecerat, non recordabuntur*: que todos esos meritos perdidos, que todo ese caudal inmenso malogrado caeria por una eternidad en el infierno; es verdad infalible de Dios, no penseis que es ponderacion de mi arbitrio.

Ahora, pues, cuánta sería la malicia de un pecado mortal, si puesto él solo en una balanza del peso rectísimo de la Justicia de Dios, y en otra balanza les meritos de todos los Santos Angeles, y de María Santísima juntos, aquel solo pecado llevaria la balanza hasta el profundo, sola aquella malicia prevaleciera, con infinito exceso, à la bondad imponderable de tantas buenas obras. Y del desagrado de Dios en un pecado solo excederia à quantos agradados le han hecho todos sus Santos Angeles, y su misma Madre Santísima. ¡Oh, abismo de malicia sin término! Dán la razon de esto los Theólogos, porque toda junta, quanta honra le han hecho à Dios todos sus Santos, y Angeles, no equivale à la inmensidad de la injuria, que le hace à su Magestad un pecado solo; ¿pues cuál será la injuria, que ella sola vence tantos millones de millones de honras? Quanto será el mal, que él solo basta para perder bienes tan inmensos? ¡Oh, abismo de malicia sin suelo! Oh, mar de malicia sin fondo! Oh, piélago de malicia sin orilla! Oh, infierno de malicia sin término! ¿Dónde está nuestra Fé, si esto creemos? y creyendo esto, todavía pecamos.

No eran tantos tus meritos, alma, no eran tantos. Mas con todo eso, un solo merito (quiero decir, una obra buena hecha por Dios estando en gracia) es riqueza tan estimable, que tiene por precio, y paga la posesion inmensa de Dios,

y el gozo interminable de la gracia. ¿Un jarro de agua, dado por Dios, puede ser cosa mas ligera? Pues ese jarro de agua vale tanto como todos los deleytes del Cielo. ¡Oh, Dios, quantos! Ahora, pues, à este respecto ajulta tus cuentas, que à tí te estaria bien el hacerlas. ¿Quántas obras buenas havrias hecho en tu vida? ¿Quántos Sacramentos recibido con buena disposicion? ¿Quántas Misas, oraciones, limosnas, ayunos? Pues al respecto, dime, cuánta sería con estos meritos tu riqueza? ¿Vale mas que mil mundos. ¿Hiciste un pecado mortal? ¡Oh, desventura inmensa! Perdióse toda esa riqueza en un punto, malogróse todo en un instante. ¡Oh, locura! Oh, necedad, digna de llorarle con lagrimas de sangre! ¿Por solo una vista torpe, por un pensamiento consentido, que pasó luego, por una palabra que se llevó el ayre, perdiste una riqueza infinita, perdiste un caudal inmenso, perdiste unos bienes eternos? *Manum suam misit hostis ad omnia desiderabilia ejus!* Entró acaso el Demonio en tu alma, y la ha dexado como una Ciudad, que asáltada de un Exercito enemigo, ni dexa plata, oro, riquezas, ni alhajas hasta quedar la Ciudad como allí quedó la Vera-Cruz: *Sicut Civitas que vastatur.* Quedó tu alma, como quando en una casa, entrando los ladrones sin sentirlos, la dexan del todo destruída. Quedó tu alma como una viña, en que entregandose una tropa de hambrientos brutos, sin que haya quien los detenga, hozan, comen, destruyen, hasta no dexarle un pimpollo. Quedó tu alma, como quando en una mies ya madura cae un furioso granizo, que azotando las espigas, no dexa en pie ni un solo grano. ¿Y à tan inmensa desventura te quedas riyendo? ¡Oh! ¿dónde está tu Fe, dónde tu juicio?

¿Cuál queda el pobre Labrador, que despues de las fatigas de todo un año, de repente se armó el granizo, le destruyó la mies, y lo dexó perdido? ¿Cuál queda el pobre navegante, que despues de un penoso, y largo viage, de repente se armó la tempestad, se forbió la Nave, y en ella la hacienda, que havia estado juntando veinte años, y él estaba desnudo en una tabla? ¿Cuál queda el caminante, que cercado de repente de crueles saltadores, dexandolo desnudo, le quitan quanto havia ganado en muchos viages? Y cuál quedáras tú mismo, si ahora, al volver à tu casa, halláras muertos tus esclavos, quemado tu almacén, vacíos tus cofres, totalmente destruída tu hacienda, y te vieras sin un real solo? En un instante perdido lo que se ganó en tantos años? Con un mirar perdido lo que se adquirió con tan buenas obras? Y por un gusto vil, perdido un deleyte inmenso, un thesoro inagotable, una riqueza infinita? ¡Oh! ¿para cuándo son las lagrimas?

Allí las derramó David con todo su Exercito al vér destruída, y saqueada de los Amalecitas la Ciudad de Sifeleg. Arrimaron las armas, dice el Texto, y al vér aquellas lástimas, acudieron todos à las lagrimas: *Planxerunt donec deficerent in eis lacrima.* Y no cesaron del llanto, haf-

hasta que ya no tuvierton mas lagrimas. Los Judíos, dice San Gerónimo, perdida su Jerusalén, y echados de ella, todos los años iban un día juntos, y pagaban porque los dexasen entrar solo à llorar, como lo hacian à grandes gemidos, su pérdida. Los Romanos, al vér gran parte de Roma quemada en una noche por Neron, andaban por las calles como locos dando gritos, y alaridos al sentimiento. Pues, ó Cathólico, si tienes Fé, un merito solo vale mas que toda Roma, mas que toda Jerusalén, mas que todas las Ciudades del mundo. Y si has perdido no un merito solo, sino muchos, ¿quál será tu pérdida, dime? Y dime, dónde está tu llanto?

Mas todavía suele servir de algun consuelo al que todo lo ha perdido, escapar por lo menos con la vida; pero ese consuelo no lo dexa el pecado à tu alma. Este es el segundo punto, y la segunda pérdida que debes meditar. El que perdió la hacienda, puede restaurarla con la vida; el que perdió la renta, consuelase con que queda la finca: pero si tú has perdido la vida, la gracia, la finca de una eterna renta, si has quedado como el arbol, no solo despojado de hojas, y frutos, sino seco tambien en la raíz, qué te queda? *Radix eorum exsiccata est, fructum nequaquam facient.* Te dice Dios por Oséas, mientras estás en ese estado, ni hay fruto, ni hay redito, ni hay ganancia, porque ni hay vida.

De el alma unida al cuerpo, resulta en éste la vida; que no es otra cosa (diciendo de ella lo que aqui basta) no es otra cosa que aquella facultad, aquel intrínseco vigor con que el viviente crece, se sustenta, se hermosea, se mueve, oye, gusta, entiende, ama, discurre. Pero separada el alma, todo eso se pierde al punto, porque se pierde la vida; y así lo vemos: así pues, de estar el alma unida à Dios, resulta la vida del alma, que es la gracia. ¡Oh, qué vida! Que jamás podrá el hombre hacer cabal concepto de su precio: *Nescit homo pretium ejus.* Una vida, que ella sola vale mas que quantas vidas tienen, han tenido, y tendrán todos los vivientes del mundo: *Melior est misericordia tua super vitas,* ó como leyó del Hebreo Cayetano: *Melior est gratia.* Una vida, que siendo toda de Dios, nos hace participantes de su misma naturaleza Divina. De modo, que así como un hierro ardiendo tiene todas las propiedades del fuego, menos el ser fuego, y quedandose en su naturaleza hierro, con todo eso tiene el resplendor, la luz, la hermosura del fuego; así una alma envestida de Dios por la gracia, participa todas sus perfecciones, lo retrata en su belleza, lo copia en su hermosura. Una vida, que haciendonos hijos de Dios, nos dá opcion à todas sus riquezas por herencia, nos funda derecho, y nos es mayorazgo, y finca para pedirle de justicia la gloria. ¡Oh, qué, vida será esta, Cathólicos! Si hubiera Dios estado criando desde toda su eternidad una criatura, despues otra por instantes, y sin cesar; y huviese criado esas criaturas de modo que se fuesen siempre excediendo como por grados en perfecciones de

naturaleza, en ingenio, en nobleza; ¿quántas criaturas huviera criado Dios hasta este punto? Y en esas creciendo como por escalones, quánta sería la perfeccion natural, y la hermosura? Poned el entendimiento de un Agustino multiplicado à millones; cuál sería este entendimiento? Poned la hermosura de una Raquel aumentada à millares; cuál sería esta hermosura? Poned la autoridad, y nobleza de un Salmón à millares redoblada; cuál sería esta nobleza? Pues juntadlo todo, y todo junto no llega à la perfeccion, à la hermosura, à la noblza, que tiene un alma con un solo grado de gracia: *Bonum gratiae unius, dice Santo Thomás, majus est quam bonum naturae totius universi,* porque un solo grado de gracia, por la naturaleza Divina que participa, excede con infinitas ventajas à toda la naturaleza criada, y por criar.

Esta es la vida de la gracia: vida Divina, vida de Dios. Con ésta, decía San Pablo, que vivia él, y no era él el que vivia, sino Dios en él: *Vivo ego, jam non ego, vivo verò in me Christus.* Pues esta vida, esta vida es la que nos quita un pecado mortal; ¿quál será la malignidad, que de un golpe quita una vida, que vale mas ella sola que todas las vidas de mil mundos? Pasad por el entendimiento esta consideracion: si ahora volviese à inundar todo el orbe aquel universal diluvio, quántas serian las vidas que quitarian sus aguas? ¡Oh, qué estrago tan lastimoso sería vér todo el mundo lleno de cadáveres! todas las Ciudades hechas montones de muertos, todos los campos sembrados de esqueletos horribles! pues mas horrible estrago es sin duda el que tú haces quitando à tu alma la vida de la gracia, que vale mas que todas esas vidas, con un solo pecado mortal. ¡Oh, diluvio de malignidad, diluvio de peste, diluvio de veneno! Aquel monstruo de la naturaleza Caligula, llegó à tanto su fiera, que deseaba que todo el numeroso Pueblo Romano no tuviera mas que una cabeza sola, para de un golpe, cortando à todos la cabeza, quitarles à todos la vida. ¡Fiereza increíble! Pues mayor es la tuya, no hay duda, quando quitas à tu alma la vida de la gracia. Porque si executáras culpas, si te dieran opcion para que nos quitáras ahora las vidas à todos los que estamos juntos en la Iglesia; ¿qué horror! Dirás, no lo hiciera por quanto hay en el mundo. Pues es nada todo esto con lo que executas quitando à tu alma la vida con un pecado. ¡Oh, qué muerte: en que pierde el alma una hermosura, que bastaba à enamorar, y arrebatrar los ojos de Dios! y queda al punto tan fea, tan abominable, como, y mas que un demonio. Un pecado solo hizo del Angel mas bello, del Serafin mas hermoso, ese tizon horrible del infierno: pues si tú tienes en el alma no uno sino cinquenta pecados mortales; con que esos cinquenta pecados se pudieran repetir, y poner de modo, que les fueran imputables, en cinquenta Serafines de aquellos; que ahora mas hermosos están junto al Trono de Dios: al punto, al punto hicieran de cinquenta Serafines, cinquenta sic-

de off mater is ordij. At ut cap. 1. h.  
 de illis non sunt ordinacionis de  
 his, cum p. nullam proferuntur ga  
 mens. Sed p. ces. Caramond. no.

II

17

fierísimos demonios. ¿Pues cuál será la fealdad de tu alma por tus pecados, si ella sola bastaba à hacer feísimos demonios à cincuenta Serafines?

¡Oh, muerte, que con esa vida, y esa hermosura priva de la nobleza, de la dignidad, del mayorazgo de Dios, y dexa el alma como el ahorcado, que con un pie yá en la escalera, no le falta yá mas que darle el verdugo la vuelta! Así tú con un pie solo en la orilla de este mundo, que es la vida del cuerpo, no te falta yá mas de una vuelta para caer à un tormento sin fin, à una esclavitud eterna. ¡Oh, qué cambio! oh, qué permuta, por un gusto que al punto se pasa, una vida de deleytes eterna! ¿Qué muger hiciera un pecado, si al punto hubiera de quedar como un dragon fiera? ¿Qué Príncipe hiciera un pecado, si al punto, pérdida la Corona, hubiera de quedar vil esclavo? ¿Qué noble hiciera un pecado si al punto hubiera de quedar sin el puesto, sin el Mayorazgo, y sin la linca? Pues cómo con un pecado perdemos lo que vale mas que infinitos millones? O no tenemos Fé, ò estamos locos. No hizo concepto Esaú de lo que vendia en el mayorazgo, quando lo vendió por una escudilla de lentejas: *Abiit parvipendens, quod primogenita vendidisset.* (Gen. 25.) Mas quando yá se vió sin él, daba bramidos como un leon atravesado con un dardo: *Irrugit clamore magno.* ¿Pues cuáles serán tus bramidos al vér perdida con la gracia la vista de Dios, y un mayorazgo eterno?

Mas la muerte corporal no pára solo en privar de la hacienda, y bienes, en quitar la vida, y sus funciones; sino que tambien acaba con el sér, reduciendo presto un cadaver à gusanos, à podre, à tierra, à nada. Este es el tercer punto de nuestra meditacion, y la tercera, y total pérdida que hace la muerte del pecado en el alma, que sobre quitarle todos sus meritos, sobre quitarle la vida de la gracia, le quita todo su sér, que solo es Dios. Perder à Dios, perder à Dios, ¡oh, qué pérdida! Veo, decia Santa Cathalina de Genova, que tiene Dios tanta conformidad con la criatura racional, que si al demonio se pudiera quitar aquel asqueroso vestido del pecado, al punto se uniera Dios con él con estrecho lazo de amor. ¿Pues toda la inclinacion de un Dios basta un pecado à detenerla? ¡Oh, perverso muro de diamante! *Iniquitates vestra dividerunt inter vos, & Deum vestrum.* ¡Todo un amor infinito detenido, y agolpado al impedimento que le hace un pecado solo! Aquí falta la voz: mejor diré, aquí faltan mares inmensos de lágrimas para llorar tan suma desventura.

Está Dios por su inmensidad en todas partes; pero en el alma de un justo mora, descansa, y habita con una especialísima presencia; por eso no tuvo mayor honra que hacerle à Maria Santísima el Angel, que decirle: el Señor es contigo: *Dominus tecum.* Porque esa singular compañía de Dios por la gracia es lo sumo de toda la felicidad. ¿Presente Dios, qué no se puede prometer de dichas el alma? Revolved las Escrituras, y hallareis esta verdad à cada palabra: *Ego tecum.* Yo

estoy contigo, le dice Dios à Isaac, quando lo anima à no temer à los Filisteos: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice à Jacob, quando lo alienta à despreciar de su peregrinacion los peligros: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice à Moysés, quando le dá valor contra Faraón, imperio sobre los elementos, poder sobre los mares para librar al Pueblo: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice à Josué, quando lo empeña à coger la conducta de su Pueblo: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice à Jeremías, quando lo envia à predicar la verdad à los Principes. Y con Dios à su lado, ¿qué no hicieron de maravillas, qué no configuieron de victorias, qué no hicieron de felicidades?

Pero este benignísimo Dios, que lo es todo, al punto que admite el alma un pecado solo, retirado de ella en este punto, ¿qué desventuras, qué miserias no le entran de tropel? *Va, cum recessero ab eis.* Ay de ellos (dice su Magestad) quando yo me aparte de ellos. ¿No fué lo mismo en Sansón perder à Dios, que perder su fuerza, perder los ojos, perder la honra, y perder la vida? No fue lo mismo en Manasés perder à Dios, que perder la Corona, perder la libertad, y verse aprisionado en un calabozo? No fue lo mismo en Saúl perder à Dios, que perder la quietud, perder el gusto, perder el Reyno, y perder el alma? No fue lo mismo en Elí perder à Dios, que perder la dignidad, perder el Sacerdocio, perder el Arca, y perder los hijos? No fue lo mismo en Salomón perder à Dios, que perder la sabiduria, perder las riquezas, perder la estimacion, y perder el juicio? Y en fin, todo el Pueblo de Israel, antes maravilla del mundo, no fue en él lo mismo perder à Dios, que perder su República, perder su nacion, perder su honra, perder su libertad, perderlo todo, y quedar hecho la infamia del mundo? Pues este Dios es el que tú has perdido por un pecado. ¿Cuál estará tu alma sin Dios? está como Jonás sin Dios en medio de un inmenso mar de tormentas, donde tantas desventuras lo cercan como olas. Está como Caín sin Dios, con todo un mundo de horrores, de sustos, y de muertes. Está como una pobre ovejuela, que sin su pastor cayó en manos de los lobos, que à su salvo la despedazan: *Deus dereliquit eam persequimini, & comprehendite quia non est quia eripiat.* Está como la hija sin padre que la sustente, sin esposo que la socorra, sin amparo que la defienda. Oh, alma, perdiste à tu refugio: ¿dónde hallarás seguridad? Perdiste al que solo aliviaba tus fatigas: ¿dónde hallarás descanso? Perdiste al que te guardaba: ¿dónde tendrás abrigo? Perdiste al que es dueño de la luz que gozas, del ayre que respiras, de todo este mundo en que habitas, y de todo el Cielo que esperas: ¿pues cómo podrás estar sin tan dulce dueño, sin tan amoroso Padre, sin tan vigilante pastor, sin tan fino esposo? Oh, como puedes yá decir lo que repetia aquel otro desventurado: *Omnia perdidimus,* todo lo hemos perdido; porque sin Dios, quedandote el sér solo para el tormento,

todo tu sér es nada en la vileza, en la falta, y en el desprecio: *Ad nihilum redactus sum, & nescivi.*

¿Qué fuera todo este mundo sin luz alguna? Nada todo; porque sin la luz, ni todas las plantas, y flores tienen hermosura, ni sus metales, y piedras tienen brillo, ni todo lo que en él es deleytable tiene precio sin luz. Lo mismo es el oro, que el plomo; lo mismo es la flor, que la espina; porque le falta, ò à sus colores la hermosura, ò à sus brillos el precio. ¿Pues qué será el alma sin Dios? Para qué quiero la vida, se lamentaba Tobías, si en ella me falta la vista? De qué me sirve todo el mundo, si yo no veo la luz del Cielo? Pues qué debes tú decir, alma desventurada, si no tienes à Dios? Y à tan inmensa pérdida, cuál es la demostracion de tu sentimiento? Publio Rutilio, solo porque le quitaron la Dignidad de Consul, cayó al punto muerto de dolor. ¿Y tú has perdido la dignidad mas suprema con Dios, y ni aun lo conoces? Otro Romano, sabiendo que para verse su causa en el Senado havia de abogar contra él Marco Tulio, de desesperacion se quitó la vida. ¿Y tú, teniendo en el Tribunal de Dios al mismo Dios por tu enemigo, vives tan descuidado? Urbano III. oyendo la nueva de que el Saladino havia cogido à Jerusalén, espiró sin remedio de tristeza. ¿Y tú, habiendote robado el demonio con tu Dios la Jerusalén de la Gloria, puedes reir, y te puedes entretener? Los Egypcios, que adoraban por su Dios una fiera Serpiente, quando ésta cerraba los ojos para no mirarlos: *Tota Egyptus,* dice Perio, *erat luctu, & mœrore consumpta,* todos à grandes gemidos no cesaban del llanto, hasta aplacar à su Dragón y à su Demonio. ¿Y tú, que ha cerrado por tí Dios los ojos de su amor, no se te derrite el corazon, quando no de sentimiento, de temor de tu desventura? Aquel Sacerdote Idólatra Micas, habiendole robado su casa toda, porque le llevaban sus Idolos, corria exhalado à grandes gemidos trás los salteadores, y preguntado, ¿qué queria? *Deos meos tulistis,* dice, *& dicitis, quid tibi est?* ¿Qué quereis que tenga, si me llevais mis Dioses? Y tú, perdido, no un Idolo, sino al Dios verdadero, te estás sin moverte à buscarlo? Por último, David tenia por sustento dia, y noche las lágrimas, solo al hacerle su conciencia esta pregunta: *Ubi est Deus tuus?* Dónde está tu Dios, alma, donde está tú Dios? Pues si no lo hallas en tí mismo, ¿cómo no

levantas hasta el Cielo el gemido? Cómo no derrires tu corazon en lágrimas? Cómo no empleas lo que te ha quedado de alma en suspiros?

¡Oh, maldito pecado! Quién no vé que eres el fumo de los males, pues trayendolos todos, no dexas en el alma, ni un bien solo el mas mínimo? ¡Oh, maldito pecado! ¿Quién no te huirá mas que à todos los demonios juntos? pues tú solo has hecho en mi alma mas terribles daños, que quantos pudiera hacer en ella toda su fiereza junta. ¡Oh, maldito pecado! ¿Quién no te temerá mas queal infierno? pues todos sus tormentos con Dios fueran delicias; y tú solo dexandome sin Dios, les prestas fuerzas à sus tormentos, enciendes sus llamas, fomentas sus horrores. ¿Quién no te aborrecerá con un ódio implacable? pues eres tú el que me has hecho perder mas bienes que quantos caben en el Cielo, y en el mundo. Eres tú el que me has privado de una vida, que valía mas que millones de Imperios; y eres tú el que me has hecho perder à mi Dios, à mi Criador, à mi Redentor, y mi Dueño, al que es toda mi vida, al que es todo mi sér. ¡Oh, maldito pecado mil veces! Yá no me queda contra tí mas remedio que mi dolor, mi arrepentimiento, y mis lágrimas. ¡Oh, si yo pudiera llorarlas de sangre, para vér si vuelvo à hallar otra vez à mi Dios! Basta, pues, de pecar, ¡oh, Dios de mi vida! oh, Jesus de mi alma! que si por mi pecado derramastes tu sangre, quiero yá acompañar hoy con las mias tus lágrimas; conozco mi locura, veo mi pérdida, y lloro el haverme perdido à tí por un gusto vil de la tierra. ¡Oh, si tuviera yo junto el ódio de todas las criaturas, para aborrecer mi pecado! Oh, si tuviera ese ódio, con que tú, mi Dios, lo aborreces! con él lo aborreciera. Más yá, ¿cómo levantaré à tí los ojos, viendo mi ingratitude? ¿Cómo llegaré à tu presencia, viendo mi ruidad? Pero miro tambien tu sangre derramada, miro tus llagas, que si todas las hizo mi culpa, las recibió tu piedad para mi remedio, para que yo me restaure, para que yo viva: pues vuelve, mi Dios, vuelve hácia mí tu rostro benignísimo, que yo te prometo, que escarmentado yá de la inmensa desventura, que es perderte, no he de atender mas que à tu gusto, à tu voluntad, y à tu agrado. Y si la consigo (¡oh, así sea por tu muerte preciosa!) à conservar, y guardar en mi alma la gracia, prenda de la Gloria. *Ad quam, &c.*

